

tiene delante de sus hijos los restos é insignias de su Obispo, quisiera descorrer el velo que cubre tanta grandeza; quisiera detenerme, como se detiene el Águila en el espacio para escudriñar las selvas; quisiera ver al insigne Sr. Peña en el Curato de Jacona, para admirar su celo, su caridad, abnegacion y demás virtudes que allí resplandecieron durante su administracion espiritual; luego levantar el vuelo y detenerme en el Pueblo de Angamacutiro, y ver aquel Ciudadano Ilustre, amado de todos los hombres que, comprendiendo sus deberes civiles y religiosos, depositaron sus derechos en su Cura Párroco, para que en la 1.^a Junta Departamental de Michoacan fueran dignamente representados; por último, salvando distancias y pasando sobre las montañas, ir á recoger los preciosos frutos de mil fatigas en socorrer al pobre, instruir al ignorante, visitar al enfermo, apartar del crimen al incestuoso, libertar á la doncella, y afianzar la paz del matrimonio en aquel dilatado Curato del Pueblo de Dolores Hidalgo. Pero, ¿cómo pintar á vuelo, el magnífico cuadro de cuarenta y nueve años de ministerio, no de un sacerdote mercenario, sino de un Sacerdote fiel y prudente, que ha sacrificado su vida por sus ovejas? Esta empresa de tanta magnitud, por poco que de ella se hable, necesita de un libro, mas bien que de un discurso. Sin embargo, para dar una idea, os diré del Illmo. Sr. Peña lo que el Espíritu Santo dice en el libro del Eclesiástico del Pontífice Simon: fué tan prudente en su gobierno, tan benéfico con los necesitados y tan afable con sus feligreses: que se llevó la gloria y se captó los respetos y los aplausos de los pueblos en que tuvo su morada: "Qui adeptus est gloriam in conversatione gentis."¹

(1) Eccli. c. 50 a. 5.

Y si nos detenemos en el tiempo de su gobierno en la Archidiócesis de Michoacan; si le vemos en aquella hermosa Basílica cantando las alabanzas del Dios de Israel; si nos acercamos al confesonario; en fin, si le contemplamos como Obispo *in partibus* de la Iglesia de Drussipara: entónces, Señores, la noble figura del Pontífice de Jerusalem en la ley antigua, se ve cumplida en Jesucristo, y despues del Hijo de Dios, en el Illmo. Señor Peña que, segregado de entre los vivientes, se le confiaron los tesoros de las gracias, y se le facultó para bendecir, como Aaron, solemnemente al pueblo; por lo cual bien puede decirse: "Que como el sol en la mitad de su carrera, así resplandeció en la Iglesia y en el Templo de Dios. Et quasi sol refulgens sic ille effulsit in Templo Dei."¹

Y no os cause asombro, Hermanos míos, que estas alabanzas dictadas por el Espíritu Santo para elogiar á los varones ilustres del Antiguo Testamento, las predique yo de un Obispo ilustre, que acaba de separarse de entre nosotros; porque aunque sé que la Iglesia Santa y Maestra de la verdad, aun no le tributa culto en sus altares; sé muy bien, que su carácter sacerdotal es santo, que su ministerio es divino, y que la jurisdiccion episcopal lleva, tambien, el sello de la Santidad; y por lo mismo, merece todos nuestros respetos y nuestros homenajes, como lo asegura S. Gregorio diciendo: "O veneranda Sacerdotum dignitas in quorum manibus velut in útero Virginis, Filius Dei incarnatur."²

Pero, si le considerais como hombre del siglo solamente. ¿Qué habeis visto en él? ¿Aca-

(1) Eccli. 50. 7. — (2) Apud. Gabr. in Cant. lec. 40 et 46.

so una caña debil, agitada por el viento? ¿Es por ventura, algun sabio que abuse de sus conocimientos para oprimir al débil, ó es algun abogado traficante con los derechos del hombre? ¿Le visteis algun dia que faltara á la justicia reconocida y que no dijera la verdad en su corazon . . . ? ¿Quién, Señores, podrá justamente quejarse de él, ó por falso, ó por perjurio, ó porque haya prestado con interés y usura su dinero? No hay, ciertamente, quien pueda arrojar sobre la memoria de este hombre, el escarnio y la deshonra; pues obró siempre el bien y fué recto y justo: "Operatus est bonum, et rectum, et justum, et prosperatus est."

Del testimonio de los hombres que conocieron y trataron al Dignísimo Prelado, bien puede inferirse el destino y fin, que le ha tocado ya en la eternidad. El Profeta Rey en su Salmo XIV, hace el retrato de los hombres que, por sus buenas obras, han de ocupar un asiento en el Tabernáculo Celestial;¹ y si nos detenemos comparando las imágenes, encontraremos la fiel semejanza entre aquella trazada por David, y la del Varon Ilustre sobre cuya tumba lloramos.

Dad, Señores, una mirada sobre esas pági-

(1) *¿Domini, quis habitabit in tabernáculo tuo: aut quis requiescit in monte sancto tuo?*

—El que sigue sin mancha su camino, y se presenta limpio, puro y casto; el que cumple con todo lo que debe á las obligaciones de su estado. El que con corazon puro y sincero dice siempre la verdad, siempre es exacto, y cuya lengua dulce y apacible jamás trata á los otros con engaño; El que sirve á sus prójimos con celo, y que lejos de hacerles ningun daño, ni siquiera permite en su presencia, que se hable de su honor con desacato. El que vé á los inícuos como nada, aunque el mundo los ponga en lugar alto, pero que estima á los que á Dios respetan, y por su santo amor quieren ser santos. El que guarda constante su palabra, el que no admite tratos usurarios, y en fin, el que jamás por el dinero ha querido oprimir á sus hermanos.—Salmo XIV.

nas de oro, y en ellas hallareis la verdad de mi acerto y el diseño perfecto del Pastor que os he propuesto como un modelo de virtud. Entre tanto, yo os ruego me concedais otros momentos para concluir.

"Las virtudes mas propias de los Prelados son, dice Cornelio Alápide, la pureza y santidad de la vida, la prudencia en su reinado, la diligencia en el obrar, la rectitud en hacer justicia, y la ciencia para dirigir y enseñar." Examinemos estas bellas cualidades.

¿Quién de vosotros ignora las hermosas virtudes que adornaron aquella alma purificada y santa? Ahí en esos altares ofreció el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Y, ¿cómo le ofrecia? Lleno de pureza, despues de haber recibido el agua de la penitencia, que lava los pecados y fortifica el espíritu; despues de haber tenido una meditacion prolija; despues de haber gemido á los piés de su confesor, y de edificar con su humildad y recogimiento á todos los fieles que le seguian en el santo templo. No hubo un solo dia que el sacrificio ofrecido por su pueblo no fuera consumido con el fuego del amor divino. "Sacrificia ipsius consumpta sunt igne quotidie."¹

La prudencia unida á una caridad intensa siempre fué la luz en todo su gobierno; y de estas refulgentes virtudes no solamente los seculares pueden dar testimonio, ya por los innumerables delitos que corrigió en privado, ya por los arreglos de conciencia y por la paz que siempre estableció en los litigantes; tambien vosotros, Venerables Sacerdotes, sois testigos de aquella nobleza de corazon, de aquella caridad ardiente, de aquella paciencia y

(1) Eccli. 45. 17.

sufrimiento, en fin, de aquel gobierno fundado en Jesucristo, y nunca en respetos humanos. ¿Cuántas lágrimas derramaron sus ojos cuando tuvo que corregir al extraviado cordero, ó curar la herida abierta en el corazón de aquella oveja perdida...? ¡Ay! Hermanos míos. Mas de una alma se siente en estos momentos movida interiormente por la gracia y por los recuerdos del pasado...! Cuando el Ilustre y bondadoso Prelado se encontraba un corazón acostumbrado al vicio; cuando informado de las malas costumbres y de los peligros de muerte eterna á que estaba expuesto alguno de sus súbditos; y cuando había apurado los resortes del convencimiento; entonces, siguiendo el ejemplo de su Divino Maestro, se repetía en su habitación el tierno espectáculo del Cenáculo; ¡caía de rodillas ante el súbdito! lo estrechaba cariñosamente en sus brazos! y derramando lágrimas, pedía por la sangre de Jesucristo, la enmienda y la vuelta á la Casa de Dios! Todo un Padre de misericordia y un fiel Amigo se constituía de aquel nuevo pródigo....¹

¿Queréis conocer su prontitud en socorrer y el celo por salvar á los pueblos confiados á su pastoral cuidado? Ahí teneis, Señores, esas elocuentes Cartas Pastorales, que revelan su sabiduría, su valor civil, su vigilancia, y sobre todo, un basto conocimiento del corazón humano. Pero, si no fueren tan elocuentes estos testimonios, teneis sus lágrimas derramadas en su lecho de dolor, á causa de no poder seguir en sus tareas apóstólicas, como deseaba ardentemente su corazón. ¿Cuántas veces fuimos testigos oculares de sus ansias y desvelos?

(1) S. Mat. cap. 18 v. 15.—Lucas, cap. 15.

¿Cuántas ocasiones escuchamos de sus lábios aquellas sentidas quejas unidas con sus lágrimas, para obtener de Dios las fuerzas necesarias y desempeñar con acierto aquel mandato divino: *Pasce oves meas?*¹ ¿Recordais, amados hermanos y compañeros en la Santa Visita, sus dulces consuelos, sus palabras edificantes, sus oraciones fervientes y sus grandes esperanzas de llegar á un día, en que lograr pudiera derramar con profusión los auxilios espirituales en todo el país de su dilatada Diócesis? ¡Oh dias venturosos y de gratos recuerdos! ¡Oh momentos preciosos en que tuvimos la dicha de ir á esos pueblos felices con tan Ilustre Pontífice, y derramar en las heridas del pobre pecador el bálsamo de la caridad de Jesucristo! Habeis pasado como sombras fugaces que jamás volverán...! Pero, nos queda el dulce recuerdo de ese pasado y la memoria de nuestro Prelado jamás perecerá.

Si Señores: en el transcurso de doce años dos meses que el Illmo. Señor Obispo D. José Antonio de la Peña y Navarro gobernó esta Diócesis, no obstante su avanzada edad, sus enfermedades, y mas que todo esto, las persecuciones del liberalismo, llenó perfectamente los deberes de su conciencia y los de su sagrado ministerio. Hé aquí esta Santa Iglesia Catedral que ha recibido mil y mil testimonios de su piedad y munificencia; y sobre todo, este Cabildo Venerable, formado de personas que despues de Dios, á él deben lo que son y á su sombra fueron criadas sus reputaciones. Teneis tambien, como monumentos perpetuos de su amor á las letras, ese Colegio Seminario, en que mas de trescientos alumnos ciñen su frente con el laurel de la ciencia; y

(1) Joan cap. 17.

del cual han salido los ministros que en su mayor número ocupan sus puestos, como fieles soldados de Jesucristo, en toda esta nueva Diócesis. Ahí están las parroquias del Poniente, favorecidas con la Santa Visita Pastoral; pero si quereis admirar sus trabajos, recorred, Hermanos míos, toda la Sierra de Michoacan; y cuando asombrados al ver tanta constancia en el confesonario, tanta caridad en los altares y tanto celo y vigor en el púlpito para corregir las costumbres de los Pueblos; entonces, pasad á las Parroquias de Amatlan, Apazingan, Los Reyes y Parácuaro, y le vereis á las altas horas de la noche, haciendo confesiones y confirmando á sus diocesanos. En suma: abrid los libros de todas las Parroquias, y encontrareis cerca de ciento cincuenta mil confirmados, que llorando á los piés del Pontífice perfeccionaron los sentimientos purísimos de su piedad y de su fé.

Mas, ¿adónde voy á terminar . . . ? ¿Quién podrá contar uno á uno los actos de virtudes, que formaron el mérito de este tan esclarecido Pontífice de la Iglesia Zamorana? ¿Quién á la vista de aquellos sufrimientos mortales que tuvo en sus últimos dias, no reconoce la pureza de su alma, la caridad para sus hijos, el celo de la Casa de Dios, la humildad y pobreza de su vida? ¡Pueblos de Tingüindin y Tarecuato! levantad vuestra voz, y aquí deponed como testigos oculares de lo que habeis visto en esos dias de desolacion y amargura, al tener la dicha de recoger los últimos suspiros del Illmo. Señor Obispo Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro.

¡Oh Señores! Reunid si podeis, todos los dones que Dios derramó sobre este siervo fiel y prudente desde su entrada al mundo, hasta el

momento de su viaje á las mansiones de la eternidad. Contad sus pobreza y trabajos, sus lágrimas y enfermedades, sus destierros y persecuciones, sus penitencias, ayunos y mortificaciones. Tomad todas estas obras, y unidas á las virtudes episcopales que atesoró para presentarse en su última agonía á Jesucristo; y deducireis esta verdad que me he propuesto demostrar: EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DR. D. JOSÉ ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO PRIMER OBISPO DE ZAMORA, FUE UN VARON ILUSTRE QUE OBRÓ EN SU LARGA VIDA TODO CUANTO ERA BUENO, RECTO Y VERDADERO EN ORDEN AL MINISTERIO DE LA CASA DEL SEÑOR, Y TODO LE SALIÓ FELIZMENTE. "Operatus est bonum, et rectum, et verum in universa cultura ministerii domus Domini.....et prosperatus est."

Hé concluido, Señores, mi honrosa mision cerca de vosotros: frente á frente de este monumento colosal, que nos hace pensar seriamente en la inconstancia de las cosas terrenas, creo haber levantado vuestro espíritu en alas de la santa esperanza, para que desde el humilde sepulcro en que habeis colocado los restos venerables del Dignísimo Obispo de Zamora, diviseis los fulgentes rayos de la inmortalidad y de la verdadera gloria: creo, tambien, haber justamente encontrado un modelo de virtud cristiana, digno de imitarse, no solamente por cada uno de los venerables ministros que acaban de ver, como á la luz del relámpago, las acciones de un Pontífice irreprochable, modesto y casto; sino tambien de cada uno de los fieles católicos, que por su vocacion de cristianos, deben practicar la virtud y aborrecer el vicio. En esto, nunca creí seguir otra senda distinta de la que con igual motivo siguieron los Padres de la Iglesia al llorar sobre los sepulcros de los varones ilustres, cuya

memoria será eternamente celebrada por todas las generaciones.

Si he conseguido mi objeto, creo haber llenado vuestros deseos, y haber pagado una deuda de mi corazón. Este túmulo y ese sepulcro me recordarán toda la vida que estoy huérfano, que murió el hombre mas querido de mi alma, el que me enseñó á amar la virtud, y á ser en sus trabajos y cuidados pastorales, un humilde compañero y el mas inútil de sus súbditos; por motivos tan justos y dignos, mis ojos bañados en lágrimas, y mi corazón destrozado por el dolor, digo con Jacob: *bajaré llorando al sepulcro*¹ y no tendrá consuelo mi alma, sino hasta el día en que me una con mi amado Padre, mi querido Pastor y respetable Obispo.

Mas vosotros, Hermanos míos, llenos de amargura y transidos del dolor mas acervo, acercaos al trono del Rey de la gloria! ¡Inclinad con humildad vuestras frentes, y unidas con el polvo del sepulcro que guarda los preciosos restos del que fué vuestro primer Obispo, pedid con ferviente caridad el descanso eterno de su alma. Y vosotros, Venerables Sacerdotes, hijos predilectos de aquel amoroso Padre que lloró tantas veces en vuestros brazos, ya que en aquel día tristísimo en que recibisteis sus restos, no pudieron vuestros labios pronunciar una súplica en fuerza del dolor, ahora llenos de fé y caridad, decid al Señor para quien todo está vivo y presente, que tenga misericordia de su siervo y que le dé el sueño de paz; á fin de que premiadas sus virtudes y lleno de delicias inefables, diga con San Gerónimo:² mi muerte no es otra cosa que un apacible sueño en el seno del Señor: *In pace, et in ipsum dormiam, et requiescam.* AMEN.

(1) Genesis c. 37 v. 35.—(2) Cart. 29 ad Theod. viduam.

COMPOSICIONES

CASTELLANAS Y LATINAS

CON LAS CUALES SE ADORNÓ

EL

CATAFALGO.

I.

FRENTE AL CORO.

¡Hijas de Sion! Cubrid vuestra cabeza
Con el manto de luto destinado
Para los días de duelo..... la tristeza
Nuble las sienas vuestras que adornado
Flores hubieran de gentil belleza.
Ha el tiempo de las lágrimas llegado,
Mirad si nó de *Antonio* los despojos
Que llorando contemplan vuestros ojos.

J. G. N.